



Pontificio Instituto Juan Pablo II
para Estudios sobre el Matrimonio y la Familia

Secretaría de Madrid



AULA MAGNA

Audiencia de S. S. Benedicto XVI, a los participantes del Congreso Internacional
"L'olio sulle ferite". Una risposta alle piaghe dell'aborto e del divorzio
Sala Clementina, 5 de abril de 2008

Divorcio y aborto dejan heridas por curar

Benedicto XVI

Señor Cardenales,
Venerados Hermanos en el episcopado y en el Sacerdocio,
¡Queridos hermanos y hermanas!

Con gran alegría me encuentro con vosotros con ocasión del Congreso Internacional *"El aceite sobre las heridas"*. Una respuesta a las plagas del aborto y el divorcio, promovido por el Pontificio Instituto Juan Pablo II para Estudios sobre Matrimonio y Familia, en colaboración con los Caballeros de Colón. Me complazco con vosotros por la temática que es objeto de vuestras reflexiones de estos días, más actual y compleja que nunca, y en particular por la referencia a la parábola del buen samaritano (Lc 10, 25-37), que habéis elegido como clave para acercaros a las plagas del aborto y el divorcio, que tanto sufrimiento comportan en la vida de las personas, de las familias y de la sociedad. Sí, de veras los hombres y las mujeres de nuestros días se encuentran a veces desnudos y heridos, en los márgenes de las calles que recorremos, a menudo sin que nadie escuche su grito de ayuda y se acerque a su pena, para aliviarla y curarla. En el debate, a menudo puramente ideológico, se crea en torno a ellos una especie de conjura del silencio. Sólo en la actitud del amor misericordioso podemos acercarnos para llevar socorro y permitir a las víctimas alzarse y retomar el camino de la existencia.



En un contexto cultural marcado por un creciente individualismo, el hedonismo y, demasiado a menudo, también por la falta de solidaridad y adecuado sostén social, la libertad humana, frente a las dificultades de la vida, es llevada en su fragilidad a decisiones en contraste con la indisolubilidad del pacto conyugal o con el respeto debido a la vida humana apenas concebida y todavía custodiada en el seno materno. Divorcio y aborto son elecciones de naturaleza ciertamente diferente, a veces maduradas en circunstancias difíciles y dramáticas, que comportan a menudo traumas y son fuente de profundos sufrimientos para quien las lleva a cabo. Ellas golpean también a víctimas inocentes: el niño apenas concebido y todavía no nacido, los hijos implicados en la rotura de los vínculos familiares. En todos dejan heridas que marcan indeleblemente la vida. El juicio ético de la Iglesia respecto del divorcio y el aborto procurado está claro y es de todos conocido: se trata de culpas graves que, en medida diferente y salvada la valoración de las responsabilidades subjetivas, lesionan la dignidad de la persona humana, implican una profunda injusticia en las relaciones humanas y sociales y ofenden al propio Dios, garante del pacto conyugal y autor de la vida. Y sin embargo la Iglesia, sobre el ejemplo de su Divino Maestro, siempre tiene de frente a las personas concretas, sobre todo aquellos más débiles e inocentes, que son víctimas de las injusticias y los pecados, y también aquellos otros hombres y mujeres, que habiendo cumplido tales actos se han manchado de culpas y llevan las heridas interiores, buscando la paz y la posibilidad de una recuperación.

A estas personas la Iglesia tiene el deber primario de acercarse con amor y delicadeza, con premura y atención materna, para anunciar la cercanía misericordiosa de Dios en Jesús Cristo. Es él en efecto, como enseñan los Padres, el auténtico Buen Samaritano, que se ha hecho nuestro prójimo, que derrama el aceite y el vino sobre nuestras llagas y que nos conduce a la posada, la Iglesia, donde nos hace curar, confiándonos a sus ministros y pagando de persona por anticipado por nuestra curación. Sí, el evangelio del amor y la vida es siempre también *evangelio de la misericordia*, que se dirige al hombre concreto y a pecador que somos nosotros, para levantarlo de cual-

quiera caída, para restablecerlo de cualquiera herida. Mi querido predecesor, el siervo de Dios Juan Pablo II, del que apenas hemos celebrado el tercer aniversario de la muerte, inaugurando el nuevo santuario de la Divina Misericordia a Cracovia llegó a decir: “No existe para el hombre otra fuente de esperanza, fuera de la misericordia de Dios” (17 de agosto de 2002). A partir de esta misericordia la Iglesia cultiva una indomable confianza en el hombre y en su capacidad de restablecerse. Ella sabe que, con la ayuda de la gracia, la libertad humana es capaz del don de sí definitivo y fiel, que hace posible el matrimonio de un hombre y una mujer como pacto indisoluble, que la libertad humana también en las circunstancias más difíciles es capaz de extraordinarios gestos de sacrificio y solidaridad para acoger la vida de un nuevo ser humano. Así se puede ver que los “no” que la Iglesia pronuncia en sus indicaciones morales y sobre los que a veces se detiene de modo unilateral la atención de la opinión pública, son en realidad grandes “sí” a la dignidad de la persona humana, a su vida y su capacidad de amar. Son la expresión de la confianza constante que, a pesar de sus debilidades, los seres humanos son capaces de corresponder a la altísima vocación para la que han sido creados: aquella de amar.

En aquella misma ocasión, Juan Pablo II proseguía: “Hace falta transmitir al mundo este fuego de la misericordia. En la misericordia de Dios el mundo encontrará la paz”. Se injerta aquí la gran tarea de los discípulos del Señor Jesús, que se encuentran compañeros de camino con muchos hermanos, hombres y mujeres de buena voluntad. Su programa, el programa del buen samaritano, es “un corazón que ve. Este corazón ve dónde hay necesidad de amor y actúa de modo consiguiente” (Enc. *Deus caritas est*, 31). En estos días de reflexión y diálogo os habéis inclinado sobre las víctimas golpeadas por las heridas del divorcio y el aborto. Habéis constatado ante todo los sufrimientos, a veces traumáticos, que golpean a los así llamados “hijos del divorcio”, marcando su vida hasta hacerles mucho más difícil el camino. Es en efecto inevitable que cuando se rompe el pacto conyugal sufran sobre todo los hijos, que son el signo viviente de su indisolubilidad. La atención solidaria y pastoral tendrá que aspirar luego a hacer que los hijos no sean víctimas inocentes de los conflictos entre los padres que se divorcian, que sea asegurada dentro de lo posible la continuidad de la unión con sus padres y también aquella relación con los mismos orígenes familiares y sociales que es indispensable para un equilibrado crecimiento psicológico y humano.

También habéis dirigido vuestra atención al drama del aborto procurado, que deja profundas marcas, a veces indelebles en la mujer que lo realiza y en las personas que la circundan, y que produce consecuencias desoladoras sobre la familia y sobre la sociedad, también por la mentalidad materialista de desprecio de la vida, que favorece. ¡Cuántas egoístas complicidades están a menudo en la raíz de una decisión atormentada que muchas mujeres han tenido que afrontar solas y de la que llevan en el ánimo una herida todavía no cicatrizada! Aunque lo realizado quede como una grave injusticia y no sea en sí remediable, hago mía la exhortación dirigida, en la encíclica *Evangelium vitae*, a las mujeres que han recurrido al aborto: “No os dejéis llevar del desaliento y no abandonéis la esperanza. Sabed comprender, más bien, lo que se ha verificado e interpretarlo en su verdad. Si todavía no lo habéis hecho, abrid con humildad y confianza al arrepentimiento: el Padre de toda misericordia os espera para ofrecer os su perdón y su paz en el sacramento de la Reconciliación. Al mismo Padre y a su misericordia podéis confiar con esperanza vuestro hijo” (n. 99).

Expreso profundo aprecio a todas aquellas iniciativas sociales y pastorales que se dirigen a la reconciliación y al cuidado de las personas heridas por el drama del aborto y el divorcio. Ellas constituyen, junto con tantas otras formas de empeño, elementos esenciales para la construcción de aquella civilización del amor, de la que hoy más que nunca la humanidad necesita.



Suplicando al Señor Dios misericordioso que os asimile cada vez más a Jesús, Buen Samaritano, para que su Espíritu os enseñe a mirar con ojos nuevos la realidad de los hermanos que sufren, os ayude a pensar con criterios nuevos y os impulse a actuar con ánimo generoso en la perspectiva de una auténtica civilización del amor y de la vida, imparto a todos una especial Bendición Apostólica. ■